

Giving to God: A Holistic Approach

Biblically

Giving is rooted deeply in Scripture. From the Old Testament tithe (Leviticus 27:30) to New Testament generosity (2 Corinthians 9:6–7), the Bible teaches that giving is both an act of worship and obedience. Abraham gave a tenth to Melchizedek (Genesis 14:20), and Jesus affirmed giving, highlighting the widow's offering as an example of sacrificial love (Mark 12:41–44). Biblical giving reflects gratitude to God, not mere obligation.

Spiritually

Giving is a spiritual discipline. It reorients our hearts away from materialism and toward dependence on God. Jesus taught, "Where your treasure is, there your heart will be also" (Matthew 6:21). Giving cultivates trust, joy, and freedom from greed. It's an act of worship that draws us closer to God's heart and purposes.

Economically

While giving has spiritual roots, it also has economic implications. It's a practical response to God's provision and a tool for equitable community support. In Acts 2:44–45, early Christians shared their possessions so no one was in need. Giving allows resources to be distributed where they're most needed—supporting churches, ministries, and the poor—fueling economic justice rooted in love.

Tithing

Tithing—traditionally giving 10%—is a helpful starting point, though not a legalistic ceiling. Under grace, some may give more; others may grow into it. The principle of the tithe teaches priority (giving first), proportionality (giving in relation to income), and regularity. While not commanded in the New Testament, tithing is a powerful practice that trains our hearts in trust and obedience.

Responsibly

Responsible giving involves planning, accountability, and discernment. God calls us to be stewards, not just donors (1 Corinthians 4:2). We give intentionally, ensuring that our gifts are used wisely—supporting transparent ministries, sustainable missions, and urgent needs. Responsible giving doesn't ignore debt or family obligations but prioritizes faithful generosity within one's means.

Encouragement

"Honor the Lord with your wealth, with the first-fruits of all your crops." — Proverbs 3:9

Start where you are. Give cheerfully. Trust God fully. Let your giving be an act of faith, worship, and love.

Giving to God is an investment, and that perspective can be powerful both spiritually and practically.

Giving to God: An Eternal Investment

When we give to God, we are not losing—we are investing.

Not Just a Donation, but a Deposit

Giving is not merely handing over money. It's planting seed into something far greater: the kingdom of God. Just like wise investors put their resources into things that grow and bring return, we invest in eternity when we give:

Investing in people: Our giving supports ministries that reach the lost, feed the hungry, disciple believers, and serve the poor.

Investing in transformation: Lives are changed through the gospel, and your generosity fuels that mission.

Investing in eternal rewards: Jesus promises that our heavenly Father sees what we give—and rewards us accordingly (Matthew 6:3–4; Luke 6:38).

God doesn't operate by earthly return on investment (ROI), but He does promise:

Spiritual blessings (2 Corinthians 9:10–11)

Peace and provision (Philippians 4:19)

Joyful impact on others (Acts 20:35)

When we give, we are declaring:

"God is my provider, not my paycheck. I trust in His economy, not the world's."

Dar a Dios: Un Enfoque Holístico

Bíblicamente

Dar tiene profundas raíces en las Escrituras. Desde el diezmo del Antiguo Testamento (Levítico 27:30) hasta la generosidad del Nuevo Testamento (2 Corintios 9:6-7), la Biblia enseña que dar es tanto un acto de adoración como de obediencia. Abraham dio el diezmo a Melquisedec (Génesis 14:20), y Jesús afirmó la generosidad, destacando la ofrenda de la viuda como un ejemplo de amor sacrificial (Marcos 12:41-44). Dar según la Biblia refleja gratitud a Dios, no una mera obligación.

Espiritualmente

Dar es una disciplina espiritual. Reorienta nuestros corazones, alejándonos del materialismo y orientándonos hacia la dependencia de Dios. Jesús enseñó: «Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Mateo 6:21). Dar cultiva la confianza, el gozo y nos libera de la avaricia. Es un acto de adoración que nos acerca al corazón y los propósitos de Dios.

Económicamente

Si bien dar tiene raíces espirituales, también tiene implicaciones económicas. Es una respuesta práctica a la provisión de Dios y una herramienta para el apoyo comunitario equitativo. En Hechos 2:44-45, los primeros cristianos compartían sus posesiones para que nadie pasara necesidad. Dar permite que los recursos se distribuyan donde más se necesitan: apoyando a iglesias, ministerios y a los pobres, impulsando la justicia económica arraigada en el amor.

Diezmo

Diezmar (tradicionalmente dar el 10%) es un punto de partida útil, aunque no un límite legalista. Bajo la gracia, algunos pueden dar más; otros pueden llegar a serlo con el tiempo. El principio del diezmo enseña prioridad (dar primero), proporcionalidad (dar en relación con los ingresos) y regularidad. Aunque no se ordena en el Nuevo Testamento, diezmar es una práctica poderosa que educa nuestros corazones en la confianza y la obediencia.

Responsablemente

Dar responsablemente implica planificación, rendición de cuentas y discernimiento. Dios nos llama a ser mayordomos, no solo donantes (1 Corintios 4:2). Damos intencionalmente, asegurándonos de que nuestras ofrendas se usen sabiamente, apoyando ministerios transparentes, misiones sostenibles y necesidades urgentes. La donación responsable no ignora las deudas ni las obligaciones familiares, sino que prioriza la generosidad fiel dentro de las posibilidades de cada uno.

Ánimo

“Honra al Señor con tus bienes, con las primicias de todos tus frutos.” — Proverbios 3:9

Empieza donde estás. Da con alegría. Confía plenamente en Dios. Que tu ofrenda sea un acto de fe, adoración y amor. Dar a Dios es una inversión, y esa perspectiva puede ser poderosa tanto espiritual como prácticamente.

Dar a Dios: Una Inversión Eterna

Cuando damos a Dios, no estamos perdiendo, estamos invirtiendo.

No es solo una donación, sino un depósito: Dar no es simplemente entregar dinero. Es plantar la semilla de algo mucho mayor: el reino de Dios. Al igual que los inversionistas sabios invierten sus recursos en cosas que crecen y generan ganancias, nosotros invertimos en la eternidad cuando damos:

Invertir en las personas: Nuestras donaciones apoyan ministerios que alcanzan a los perdidos, alimentan a los hambrientos, discípulos creyentes y sirven a los pobres.

Invertir en la transformación: Vidas cambian a través del evangelio, y tu generosidad impulsa esa misión.

Invertir en recompensas eternas: Jesús promete que nuestro Padre celestial ve lo que damos y nos recompensa como corresponde (Mateo 6:3-4; Lucas 6:38).

Dios no opera por el retorno de la inversión (ROI) terrenal, pero sí promete:

Bendiciones espirituales (2 Corintios 9:10-11); Paz y provisión (Filipenses 4:19); Impacto gozoso en los demás (Hechos 20:35)

Cuando damos, declaramos: “Dios es mi proveedor, no mi sueldo. Confío en su economía, no en la del mundo”.